

Bella Dieppense ¡CINCO MILLONES! (Primero experimentan profundo estupor... casi una sensación de espanto ante aquel abismo... ¡cinco millones! ¡Les acomete una especie de vértigo!... Luego se rehacen, comprenden, gritan, saltan, bailan, enloquecen!... Quieren pasear en triunfo a Bibi... Bibi tiene que hacer esfuerzos inauditos para que le dejen añadir una palabra, una sola palabra que tapaná la boca a los últimos imbéciles, a los que nunca comprenden nada...) ¡Muchachos! —grita— Oídme una cosa. Por sabido se calla que no soltaremos al marqués hasta que no nos ponga en la mano los cinco millones. ¡Los cinco millones o la vida! (Entusiasmo delirante).

—¿Qué tal, Saponcios? ¿Qué dices a esto?— preguntó el Fetiche descargando un puñetazo amistoso en el hombro del fiel cocinero, que se tambaleó al recibir el golpe.

—Yo conozco a Bibi— respondió sonriendo el Saponcios—; ¡será los cinco millones y la vida!

CAPÍTULO XIII

¿.....?

Los días siguientes introdujeron un gran cambio en la vida de a bordo. El orden y la disciplina imperaron como soberanos absolutos. Desde que se consideraban ricos, los presidiarios aceptaron, casi con alegría, la necesidad de someterse al reglamento.

Trabajaban con afán por el bienestar y la seguridad de todos.

El *Bayardo* se llamaba a la sazón el *Estrella* (1) y enarbolaba el pabellón brasileño. Ya seguro de su gente, Bibi dispuso que fuera menos rigurosa la incesante vigilancia de que hasta entonces habían sido objeto las familias de los vigilantes. Las mujeres y los niños podían salir, como antes de la sublevación, a jugar y a charlar a la toldilla de popa, que se les reservó durante ciertas horas del día. A los prisioneros los trataban bien, y de cuando en cuando les permitían salir de sus jaulas y subir a cubierta a tomar el aire.

(1) En español, en el original.

Los que tenían sus familias a bordo podían comunicarse con ellas.

Verdad es que el desembarco de toda aquella gente había sido aplazado hasta una fecha lejana e indefinida. Esto se decidió, entre otras muchas cosas, en un consejo, que duró bastantes horas, y al que asistieron los presidiarios más avisados. Era imposible, en efecto, poner a nadie en libertad antes de embolsarse los cinco millones. Hubiera sido lo mismo que anunciar al mundo, que le creía perdido, que el *Bayardo* seguía navegando con su pasaje de bandidos. Más adelante, cuando fuesen *ricos* y estuviesen en seguridad y al abrigo de sorpresas en el archipiélago de Malasia, tratarían de desembarazarse de aquel engorroso cargamento humano, que había que alimentar con las provisiones de a bordo. Afortunadamente, éstas parecían inagotables y podrían renovarse fácilmente, *a la fuerza, si era preciso*, en uno de los indefensos puertos de la costa de África en que la civilización europea ha establecido factorías.

Lo principal, por el momento, era desembarcar cuanto antes al teniente de Bibi, que debía ir a recoger los cinco millones.

Fué elegido el Soponcios, que había dado pruebas de una adhesión sin límites a su jefe y a quien debían su libertad los presidiarios que iban a bordo del *Bayardo*. Por lo demás, tuvieron buen cuidado de advertirle que la venganza de sus compañeros no tardaría en alcanzarle, en donde quiera que se encontrase, si no andaba derecho y se portaba como *un hombre honrado*.

El Soponcios conocía demasiado bien a sus compañeros para ignorar que era imposible sustraerse a la venganza de

los bandidos, cuando éstos dictaban su sentencia. Además, no quería en el mundo más que a una persona: a Bibi.

Hubiese preferido no separarse de él; pero Bibi lo había ordenado, y era preciso obedecer.

El marqués tomó las disposiciones debidas para facilitar la misión del Soponcios. Éste desembarcaría con los documentos y las indicaciones necesarias, y vería a la marquesa y al notario de París, a quienes el propio Soponcios y el marqués, en las declaraciones escritas de su puño y letra, advertirían que la menor indiscreción podría costar la vida a los prisioneros de Bibi.

Si el rescate había sido fijado por Bibi en *cinco millones* solamente, ello se debía a que de las explicaciones dadas por el marqués había resultado que a Sisi y al notario de París les hubiera sido imposible reducir a dinero una cantidad más crecida en el espacio de tiempo, bastante limitado (unos cuantos meses), que concedían al Soponcios para arreglar aquel asunto. El Soponcios debía cambiar los billetes de Banco antes de su regreso, y, por tanto, antes de poner en libertad al marqués, para que no hubiera que temer más adelante ningún contratiempo a causa de la numeración. En una palabra: los bandidos creían haberlo previsto todo.

Por un instante pensaron en encargar a Sor María de los Ángeles la difícil comisión; pero tuvieron que desistir de ello, no sólo porque la pobre criatura se hallaba en un estado verdaderamente alarmante, sino porque Bibi se había negado a mezclar a la santa mujer en aquellos «líos de asesinos», como decía en los momentos en que se dejaba dominar por la neurastenia.

Navegaban, pues, a toda máquina hacia Capetown, y la vida a bordo era bastante monótona, cuando un acontecimiento extraordinario vino a sumir a toda la tripulación en general, y al Soponcios en particular, en una inquietud indecible. Conviene advertir, ante todo, *que nadie había vuelto a ver al marqués*, ni siquiera sus amigos, que vivían a bordo en completa libertad, haciéndose servir aparte y dirigiendo rara vez la palabra a los que les servían, y a los cuales, por lo demás, veían siempre con espanto; pero les estaba prohibido acercarse al lugar en donde se decía que se hallaba el marqués. Por lo demás, a nadie le estaba permitido, excepto el Kanak, la Condesa y Bibi. Decían que el marqués estaba recluso en un camarote oscuro, contiguo a la enfermería; pero que le habían aislado por completo, por medio de un tabique improvisado.

A la puerta de este camarote había siempre un centinela con orden de disparar sobre todo el que intentara acercarse a dicha puerta.

La explicación oficial de este aislamiento, la dió Bibi: *¡El marqués padecía una enfermedad contagiosa!*

Al pronto se pensó en el cólera, en la fiebre amarilla o en cualquiera otra enfermedad por el estilo, y luego, viendo ir y venir sin ninguna precaución al Kanak y a la Condesa, que le cuidaban, y a Bibi que iba de cuando en cuando a visitarle, la tripulación calculó que no había tal enfermo en el camarote, sino un prisionero que representaba cinco millones, y al que vigilaban con todas las precauciones y todos los honores debidos a su rango y a su fortuna.

La idea de que fuese real la enfermedad del marqués, enfermedad que podía acarrear su muerte, no preocupaba

demasiado a los presidiarios, porque sabían que obraban ya en poder de Bibi todos los documentos necesarios firmados por el marqués, y que si éste tenía la desgracia de morir, no por ello dejaría la tripulación de percibir sus cinco millones, aunque a cambio de ellos tuviesen que entregar un cadáver.

Pero lo que luego pensaron, como acabamos de decir, de un *cautiverio en el que se le prodigaban toda clase de cuidados*, les hizo mucha gracia. Y sonriendo pedían de cuando en cuando noticias del marqués a Bibi, que no sonreía.

Por el contrario, nunca le habían visto tan taciturno. Por lo demás, se dejaba ver pocas veces, se hacía servir en su camarote, contestaba con monosílabos a las preguntas que lleno de inquietud le dirigía el Soponcios, y sólo salía de su cámara para ir a la del marqués, o para visitar a su hermana.

Ahora bien; una noche en que el Soponcios le espía, cada vez más intranquilo por su actitud extraña y su aspecto de dolorosa preocupación, le vió entrar en el camarote del marqués con la Condesa y el Kanak, y no le vió salir. Aquella noche estaba resuelto a hablarle seriamente, porque temía que cayese enfermo. La angustia del Soponcios aumentó cuando a las cuatro de la mañana vió bajar a la Condesa con los brazos remangados hasta el codo y la cara desencajada. Se precipitó hacia ella, exponiéndose a que el centinela le atravesase de un balazo. La Condesa le rechazó, corrió a su camarote, volvió a salir con una arqueta que ocultaba bajo un mantón, y penetró de nuevo en el camarote del marqués.

A las ocho de la mañana aún no había aparecido nadie.

Al fin salió la Condesa, seguida del Kanak, que tenía una cara muy extraña. Sin embargo, ambos parecían tranquilos. A las preguntas que el Soponcios les hiciera acerca de Bibi, respondieron que seguía bien, que estaba un poco fatigado a consecuencia de haber velado al marqués, pero que no había motivo alguno para alarmarse.

—Debéis decirle que tenga juicio, que descanse—, gimió el Soponcios.

Pero el Kanak le respondió con frialdad:

—¡Bibi está ya bastante crecido para hacer lo que se le antoje!— y siguió su camino sin añadir una palabra más.

El Soponcios permaneció frente a aquel misterioso camarote cuyo silencio le asustaba. Nunca se oía nada, ni el menor ruido. Ya, cuando el marqués se encontraba allí completamente solo, el Soponcios no podía pasar por delante de la puerta sin estremecerse. Y ahora sentía una angustia espantosa al pensar que Bibi, lo mismo que el marqués, *no volvería a salir*. Pocos instantes después, un vigilante se acercó al Soponcios y, de orden superior, le rogó que se retirase. La mañana del día siguiente transcurrió en medio de una ansiedad que aumentaba a cada instante. El Soponcios interrogó a los centinelas que habían pasado la noche a la puerta del camarote, y éstos le respondieron que no habían visto salir ni entrar a Bibi. ¿En dónde estaba Bibi? ¿En el camarote, evidentemente! ¿Y qué hacía allí? Lo extraordinario era que en las últimas veinticuatro horas nadie había entrado con comida en el camarote. Los temores del Soponcios se comunicaron poco a poco a toda la tripulación. No veían a Bibi. Querían verle. De buena gana hubiesen interrogado al Kanak y a la Con-

desa; pero encerrados también en el camarote, permanecían a su vez tan invisibles como el marqués y Bibi. La alarma alcanzó su grado más alto cuando, al reunirse todos los oficiales en su cámara para almorzar, el Bombarda abrió y leyó un pliego que acababa de entregarle el vigilante que estaba de guardia a la puerta del famoso camarote. El papel contenía en primer lugar tres frases breves escritas por Bibi: «Ordeno y mando que obedezcan en todo al Kanak hasta que volváis a verme. El Kanak no hará otra cosa que transmitir mis instrucciones. ¡Obedecer al Kanak es obedecer a Bibi!» A continuación, estas palabras de puño y letra del Kanak: «La Condesa y yo cuidamos a Bibi, que asistiendo al marqués ha contraído *las mismas fiebres*. La vida de Bibi no está en peligro; pero por ahora nos es imposible separarnos de él ni un momento. Rogamos al Bombarda y a toda la oficialidad que tranquilicen a la tripulación.»

Los bandidos se miraron. El Soponcios, que había ido en busca de noticias, leyó y releyó el papel. Todo aquello parecía tan misterioso, que nadie se atrevía a emitir una hipótesis. Por lo pronto, la tripulación se sentía como abandonada, y una profunda tristeza reinó a bordo. ¡Bibi estaba enfermo! Entre todos aquellos presidiarios no había uno solo que no hubiera dado uno de sus miembros para salvarle. ¡Aquello era el cólera, de hijo! ¡Y ellos que creían que todo era mentira!

Los vigilantes que habían estado de guardia a la puerta del camarote, se comunicaron sus observaciones, y éstas corrían por todo el barco. Lo que más les chocaba era aquel increíble silencio. Cuando el marqués y Bibi estaban

solos, los centinelas no oían más que un murmullo, que de sostenerse al otro lado de la puerta una conversación fatalmente hubiese llegado a sus oídos. Asimismo, cuando la Condesa y el Kanak penetraban en el camarote, su entrada no iba seguida, como era natural, de un cambio de palabras cuyo eco hubiesen percibido seguramente.

La encargada del servicio del camarote era la Condesa, y para eso, este servicio se reducía a muy poca cosa... De afuera llevaban poco alimento; algunos tazones de tisana o de caldo, y nada más, y no todos los días. Hubiérase dicho que aquel camarote estaba habitado por dos *espíritus puros*.

Al fin, el último día, un centinela oyó unos suspiros desgarradores. Como es natural, no podía decir quién los había lanzado.

Aquel día todos esperaban, con una impaciencia fácil de comprender, el momento en que la Condesa y el Kanak debían salir del camarote. Ahora bien; nadie vió a ninguno de los dos. Únicamente se oían sus pasos de cuando en cuando.

El Soponcios, que llevaba muchas noches sin dormir, se rindió por fin al sueño, aunque se resistió desesperadamente, y dormía como un lirón, cuando un vigilante que había estado de centinela a la puerta del camarote, y al que acababan de relevar, le despertó.

Aquella vez, el vigilante había oído perfectamente la voz de Bibi, una voz muy débil que murmuraba, que decía (por lo menos, el vigilante creía haberlo oído), que decía: «¡No quiero, no quiero!»

El Soponcios se levantó inmediatamente.

—¡De fijo le ha sucedido alguna desgracia a Bibi!

Ya que era imposible acercarse al camarote, entraría en la enfermería con cualquier pretexto, y allí, aplicando el oído al tabique recién levantado, tal vez pudiese oír alguna cosa.

Pocos minutos después, estaba en su puesto, lleno de ansiedad, y allí oyó, en efecto... El vigilante no había soñado. Bibi seguía quejándose; pero ¡cosa extraordinaria: sus lamentos, que en cualquiera otra ocasión hubiesen denotado un sufrimiento personal, los arrancaba a la sazón el *sufrimiento del otro!* ¡Porque no cabía duda: quería que dejasen al otro en paz! ¿Qué le estarían haciendo al otro? Bibi decía sollozando: «¡Basta ya! *Dejadle las manos!* ¡*Dejadle las manos!* ¡Esto es horrible! ¡*Dejadle las manos!*» E inmediatamente, Bibi lanzó un suspiro desgarrador. En cuanto al otro, no se le oía. ¡No se quejaba! Era incomprendible todo aquello.

Sin embargo, el Soponcios estaba enterado de muchas cosas. Desde que servía a Bibi, éste le había hecho muchas confidencias. Y cuando el Soponcios supo que uno de los náufragos era el marqués del Touchet, tembló por el opulento aristócrata. Que Bibi se vengara del marido de Sisi, martirizándole o haciéndole martirizar, era muy corriente entre bandidos; pero ¿por qué *siendo el marqués a quien martirizaban*, era Bibi quien se quejaba y suspiraba? ¡Y qué manera de suspirar!

Al Soponcios se le ponía el cabello de punta al oírle.

Hubo un momento en que reconoció la voz del Kanak, que decía con dureza:

—¡Bibi, ya sabes que no debes hablar!

Y Bibi respondía:

—¡Está bien! ¡No volveré a decir una palabra! ¡Pero basta ya! ¡Dejadle en paz! ¡No quiero que le toquéis las manos!

Dos enfermeros y una enfermera habían ido a reunirse con el Soponcios, y todos escuchaban detrás del tabique, sin comprender nada, pero con la sensación de que al otro lado de las tablas ocurría una cosa espantosa.

Hubieran querido comunicarse sus pensamientos, su angustia; pero a un ademán del Soponcios callaron y tornaron a escuchar.

En el camarote se había restablecido el silencio.

Ya no se oía una palabra, ni un sollozo, ni un suspiro, nada... Pasó un cuarto de hora, y el Soponcios y sus compañeros se levantaban ya, cansados de la postura en que escuchaban, cuando la voz de la Condesa, que no se había oído hasta entonces, llegó hasta ellos, y cuán claramente!

—¡Si Bibi fuese razonable—decía—, acabaríamos antes! El Kanak respondió:

—Sí, pero no lo es; ¡peor para él!

Y Bibi sollozaba:

—¡Ah, no; *dejadle las manos, dejadle las manos!* ¡Demasiado comprendéis que sufro mucho!

¡Ah! ¿Pero qué le estarían haciendo al marqués en las manos, y por qué las manos del marqués causaban aquel sufrimiento a Bibi?

Era para volverse loco, tanto más cuanto que Bibi había empezado nuevamente a suspirar, y cada suspiro suyo desgarraba el corazón del Soponcios. El pobre muchacho estaba a punto de desmayarse. El resto de la conversación no era, por lo demás, muy a propósito para darle ánimos.

Bibi jadeaba:

—¡Ah!, ¡demonios!... ¡demonios!... ¡demonios!...

—Si sigues hablando—dijo el Kanak—, me veré obligado a ponerte la mordaza. ¡Condesa, dame la mordaza!

—¡No, no!—gritó Bibi—; ¡no me pongáis la mordaza! ¡No hablaré más! ¡Pero dejadle las manos! ¡Ah, basta!... ¡Cuánto sufro!... ¡Cuánto sufro!... ¡Cuánto sufro!...

El Soponcios, que temblaba de pies a cabeza, no pudo resistir más, y con voz ronca y alterada por el miedo, gritó:

—¡Bibi, soy yo!... ¿Quieres que entre?...

Hubo un gran silencio en el camarote.

El Soponcios siguió gritando con acento cada vez más angustioso, más suplicante.

—¡Bibi, soy yo, el Soponcios!

Y empezó a dar golpes en el tabique. Pero al mismo tiempo sintió que le daban unos golpecitos en el hombro. El Bombarda estaba detrás de él.

El centinela había ido a buscar al Bombarda por orden de Bibi «para que metiesen al Soponcios en el cepo, en donde permanecería veinticuatro horas».

—¿Es verdad que me envías al cepo, Bibi? ¡Tú! ¡No es posible!... ¡Diles que no..., y correremos a salvartel!... ¡Bibi, Bibi!...

Pero Bibi no respondía, y al fin se llevaron al Soponcios.

—¡Dios mío, Dios mío!... ¿Qué pasará allí dentro?...—suspiraba el pobre muchacho mientras seguía al Bombarda.

El Soponcios estuvo veinticuatro horas en el cepo. Transcurrido este tiempo, fué en busca de noticias. No había nada de nuevo. El Kanak aún seguía en el camarote. La

Condesa salió un instante, fué a la cocina para hacer calentar un caldo, en el que echó no se sabía qué ingrediente, y volvió a reunirse con el Kanak, sin contestar una palabra a los que la interrogaban. Iba envuelta en una capa que la envolvía hasta los pies y que ocultaba una blusa blanca, de la que acertaron a ver una de las mangas manchada de sangre, y llevaba los guantes puestos. Su cara, según parece, asustaba. Entre las manos del Bombarda había dejado un pliego firmado por Bibi, en el que se leía: «¡Todo marcha a pedir de boca! ¡El Kanak es todo un hombre!»

—¡Le hacen creer lo que quieren esos bandidos!—exclamó el Soponcios, y preguntó si habían vuelto a oírse lamentos, quejas...

¡Nada, no habían oído nada! ¡Ah, sí; la voz del Kanak diciéndole al centinela a través de la puerta, que le verían aquel día, y que no se preocuparan!

—¡Que no nos preocupemos!... ¡Qué cosas tienen!...

Y como es natural, el Soponcios estaba cada vez más preocupado.

Y de repente, desapareció a su vez.

Fué a registrar el camarote del Kanak y de la Condesa, y allí encontró en cajas y en estuches los instrumentos de cirugía del cirujano del *Bayardo*, muerto en el campo del honor; en resumen, nada de particular. Pero no salió del camarote. Pensó que tarde o temprano volverían a él el Kanak y la Condesa, y que no le vendría mal escuchar su conversación.

Para conseguir su propósito, se escondió en una de las literas y esperó pacientemente tres o cuatro horas. Al fin se presentaron el Kanak y la Condesa. Parecían dos espec-

tros que acabasen de sufrir todas las torturas del infierno o de apurar todos sus placeres. Desembarazáronse rápidamente de sus ropas y de los guantes que llevaban puestos. ¡Estaban cubiertos de sangre! ¡Hubiera podido creerse que salían de un baño de sangre!

El Soponcios, que era algo pusilánime, lanzó un gemido y comenzó a desvanecerse.

El Kanak y la Condesa corrieron inmediatamente a la litera, descubrieron al pobre muchacho, le levantaron en vilo, y quieras que no quieras le obligaron a mantenerse en pie.

—¿Qué hacías ahí?—preguntó el Kanak, cuya cólera asustaba. Sus ojos lanzaban llamas, y sus mandíbulas se adelantaban como si fuese a morder al infeliz Soponcios.

Éste, sintiendo que se le doblaban las piernas, tuvo que apoyarse en el tabique para no caer. Pero, rehaciéndose, gritó:

—¡Quería sorprenderos, asesinos, *devoradores de carne humana!*

En el mismo instante recibió un bofetón que la Condesa le administró con toda su alma.

—¡Déjale, Kitty!—dijo el Kanak sujetando el brazo de la Condesa, que se preparaba a repetir la operación—. Deja a este pobre muchacho. Ya se encargará Bibi de castigarle.

—¡Bibil! ¿Qué habéis hecho de él, miserables?—continuó el pobre Soponcios restregándose la mejilla, que le escocía horriblemente—. *¿Os le habéis comido también?*

Al oír esto, el Kanak se abalanzó a su cuello, y el Soponcios jadeó bajo sus dedos crispados, en tanto que el otro gritaba furibundo:

—¡Pide perdón a la Condesal ¡Pide perdón a la Condesal

Pero el Soponcios no podía pedir perdón a nadie. Se ahogaba. La lengua se le salía de la boca y caía hacia un lado, como la de los ahorcados.

—Afortunadamente para ti, desdichado, te hemos descubierto en seguida. ¡Que hubieras oído una palabra, una sola de lo que no te importa, y todo hubiera concluído para tii ¡Vamos, lárgate!

Y le arrojó al corredor. El Soponcios cayó al suelo cuando largo era, y así permaneció unos instantes, hasta que volvió a respirar libremente. El Bombarda y el Rouquin, que acertaron a pasar por allí, le levantaron, y él les contó su aventura.

Siguióles, maldiciendo al Kanak y a su mujer, y afirmando que ocurrían a bordo cosas incomprensibles que *acabarían por salirles muy caras a todos*. Los dos bandidos no sabían qué responderle; pero eran de su misma opinión.

El misterio que rodeaba la inexplicable ausencia de Bibi comenzó a preocupar hondamente a la tripulación; todo se volvían conciliábulos. Ya nadie creía en la «epidemia». No habría sido, ciertamente, cuidando a los enfermos de la fiebre o del cólera como el Kanak y la Condesa *se habían llenado de sangre de pies a cabeza, como unos matarifes*.

En una palabra: todos pensaban que era preciso saber a qué atenerse respecto al paradero de Bibi, costase lo que costase. Era preciso verle y hablarle. Tales eran las disposiciones de la tripulación en general, cuando el Kanak comunicó a los oficiales que les esperaba en la cámara del comandante para celebrar consejo.

Todos se apresuraron a acudir.

El Kanak los recibió sentado ante el escritorio y examinando unos papeles con una tranquilidad de ánimo que inmediatamente disipó los temores de todos. Ciertamente que el Kanak estaba pálido y parecía fatigado; pero, sin embargo, no tenía la expresión del que va a dar malas noticias.

Por el contrario, les habló de sus respectivos deberes y les hizo algunas preguntas relativas a los prisioneros, a las provisiones y a la cantidad de carbón de que aún disponían.

Entre todos aquellos hombres, el Kanak era tal vez el único que entendía algo del arte de navegar, lo bastante, en todo caso, para seguir su ruta y dar las órdenes necesarias a los hombres de la antigua tripulación que seguían prestando servicio bajo pena de muerte. Por ello, generalmente, era escuchado y obedecido.

Pero aquella vez tenía que habérselas con hombres en extremo preocupados y que no pensaban más que en Bibi. Les llenaba de asombro que no les hablase de él, siendo lo que a él se refería lo único que les interesaba. Su estupor fué enorme cuando recibieron la orden de retirarse.

No se marcharon.

Y el Bombarda tomó la palabra.

—¡Capitán!—dijo, afectando una cortesía y corrección exquisitas—; dentro de pocos días estaremos en Capetown.

—Sí; ¿y qué?

—Y hemos de adoptar entonces resoluciones gravísimas.

—¿Qué más?

—No podremos adoptarlas sin estar presente Bibi. Capitán, toda la tripulación está inquieta por lo que respecta a

Bibi. ¡No podemos permanecer más tiempo sin saber lo que ha sido de él! ¡Esto es lo que yo tenía que decir! ¡Queremos ver a Bibi!

—¡Sí, sí, queremos verle!—dijeron los demás.

—¡Imposible!—respondió lacónicamente el Kanak.

—¡Claro está que no podrá vernos a todos!—observó el Fetiche—. Pero podemos comisionar a uno de nosotros. Mire usted, no pedimos mucho: que el Soponcios hable con él cinco minutos solamente. Y así ya nos quedaremos tranquilos.

—¡Ni el Soponcios, ni nadie! ¡Imposible!—repitió, terco, el Kanak.

—Pues bien; entonces déjanos hablar a través de la puerta y que él nos responda.

—¡En este momento Bibi no puede hablar!

—¿Y por qué?

—¡Porque no puede hablar!

—Bueno; pues que escriba, para que nos diga lo que le sucede; que nos tranquilice. Si es alguna cosa que no debe saber todo el mundo, sólo dos de nosotros lo leerán y no volveremos a preguntar nada.

—¡Bibi no puede escribir!

—¡Ah, oye, tú, Kanak!—exclamaron todos, olvidando toda disciplina y perdiendo la dignidad que debía haberles conferido su nueva posición—; ¡nos estás tomando el pelo! ¡No saldrás de aquí hasta que nos hayas explicado!...

—¡Vosotros haréis lo que queráis; pero yo no os explicaré absolutamente nada!

—¡Pues bien; entraremos a la fuerza en el camarote!

—¡Haced lo que queráis! ¡Os lo repito! *¡Pero luego no vendáis a reclamar los cinco millones!*

—¡Ah, es por los cinco millones!...

—¿Por qué queréis que sea? Dejad que Bibi se las entienda como quiera con el marqués. ¡Siempre habrá tiempo de pedirle explicaciones cuando le haya hecho aflojar la mosca! ¡Y ahora, amigos míos, no quiero entreteneros más!...

Salieron completamente desorientados. El Soponcios no decía nada. Le preguntaron qué pensaba de todo aquello, y movió la cabeza asegurando que tenía un proyecto.

La tripulación estaba cada vez más alarmada. «¿Como podía Bibi trabajar en el asunto de los cinco millones si le era imposible hablar y escribir?»

El día siguiente, apenas hacía media hora que el Kanak y la Condesa se habían encerrado con Bibi y el marqués, cuando de repente se oyó en el camarote un extraño aullido. Era como el ulular de un perro que olfatea la muerte. Todos los que le oyeron acudieron temblando. Se agrupaban en los corredores, y todos los ojos estaban fijos en la puerta tras de la cual seguía oyéndose aquel ulular horriblemente siniestro. ¡Sólo una fiera o un loco podían rugir de aquella manera! ¡Y esta vez reconocieron perfectamente la voz del marqués! Sobre todo, cuando a aquellos aullidos se mezclaban extrañas exclamaciones de dolor cuyo sentido era imposible comprender.

Y luego, los aullidos se trocaron en gritos, en rugidos feroces, y por último, en extravagantes sollozos. Y de repente, nada más...

Los penados permanecieron en el mismo sitio más de

un cuarto de hora con las pupilas dilatadas por el espanto. Y poco a poco, como no volvieron a oír nada, se marcharon.

Por la noche, ya tarde, oyéronse nuevamente algunos gemidos, y también era el marqués quien se quejaba. A Bibi no se le oía, y este silencio suyo resultaba aún más angustioso que sus lamentos.

El Soponcios no abandonaba un momento la cubierta, hosco, preocupado, sin hablar con nadie.

Una noche el vigía gritó: «¡Tierra por la amura de babor!» El Soponcios, al oírlo, lanzó un suspiro y murmuró:

—¡Al fin!

Pocos instantes después se le acercaba el Kanak.

—Soponcios— le dijo—, tenemos tierra a la vista. Dentro de unas horas estaremos en Capetown. Ya sabes que debemos desembarcarte un poco más abajo de Malmesbury. Prepara tu equipaje, hijo mío. Te daremos todos los papeles necesarios, y entre ellos encontrarás el plan a que debes ajustarte para llevar a cabo la empresa, escrito por el propio Bibi. ¿Estás dispuesto?

—¡No!— respondió el Soponcios, que tenía un proyecto.

—¿Por qué?

—Porque me niego a encargarme de esa misión sin haber visto por última vez a Bibi.

—¿Estás decidido?

—¡Completamente decidido!

—¿Puedo repetirle a Bibi lo que acabas de decir?

—¡Te suplico que lo hagas, Kanak!

Pronto se enteraron los bandidos de esta conversación, y todos dieron la razón al Soponcios; la inquietud era gene-

ral, y ya iban a entregarse a alguna violencia los más exaltados, cuando reapareció el Kanak y dijo sencillamente:

—Bibi recibirá al Soponcios antes de que éste desembarque.

Oyéronse aplausos y exclamaciones de alegría.

El Soponcios fué a preparar su equipaje, más conmovido de lo que pudiéramos expresar. Era ya noche completa cuando el Kanak fué a buscarle. El Soponcios le siguió temblando. Al fin se abrió la puerta del camarote y entraron, en tanto que el Bombarda, el Fetiche, el Trompo y Rouquin aguardaban afuera el resultado de la entrevista.

Al entrar en el camarote, el Soponcios no veía absolutamente nada. Después, poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y a la débil luz de las lumbreras vió, primero, la silueta de la Condesa, que estaba de pie, y luego, a derecha e izquierda, dos cuerpos tendidos en las literas, pero dos cuerpos inmóviles en las tinieblas.

No hubiese podido decir cuál era el marqués y cuál era Bibi.

La voz de éste pronto le sacó de dudas.

—Siéntate, Soponcios.

Acercáronle una silla, en la cual se dejó caer murmurando:

—¡Bibil!

—¿De modo que has querido verme antes de marcharte, muchacho?

—¡Sí, Bibil... ¿Has estado muy enfermo, verdad?... ¿Estás ya mejor?... ¡Dame la mano, compadrel...

—¡No, no!—dijo el Kanak, que estaba detrás del pinche—; ¡no le toques la mano... no le toques!...

—¡Está prohibido!—corroboró Bibi...—¡Ya ves, parece que tengo sarnal...

—¡Pero si ni siquiera se ve aquí dentro!—suspiró el Soponcios—; yo quisiera verte la cara... quisiera ver si estás muy flaco...

—¡No se puede encender luz, está prohibido!—dijo el Kanak—. Es preciso que no se le canse la vista.

—¿Pero qué has tenido, canastos?...

—Ya te lo diré más adelante... Ahora tenemos que hablar de asuntos muy importantes... y en dos palabras..., porque el Kanak, que es un gran médico, no quiere concederme más que cinco minutos.

—¡Cinco minutos!... ¡Qué débil tienes la voz; apenas la reconozco!... ¡Has debido sufrir mucho, pobre Bibi!...

—¡Está débil, es verdad, no debe fatigarse!—dijo el Kanak—. ¡Acabemos!

—A propósito del Kanak—murmuró Bibi con cierta dificultad, como si experimentara alguna molestia al mover la mandíbula, como si estuviese demasiado fatigado para articular bien las palabras—, a propósito del Kanak, es preciso que digas al Bombarda y a los demás, que me ha cuidado admirablemente, que me ha salvado y que deben obedecerle en todo y por todo... ¡Y ahora escúchame! ¡El Kanak me ha salvado la vida! Por esto algo merece... ¡Un millón será para él!

—Los compañeros no lo consentirán—objetó el Soponcios.

—¡No se lo dirás y no lo sabrán!... Sí; el marqués, que es generoso, y a quien el Kanak ha cuidado también admirablemente, es de mi misma opinión. «Esto vale un millón».

Ya verás los papeles que llevas. Te darán seis millones; uno de ellos será para el Kanak. Escucha lo que aún tengo que decirte. Cuando vuelvas, estaré curado; pero si no lo estuviera..., hay que preverlo todo... si... hubiese muerto...

—¡No digas eso, no digas eso!... ¡Preferiría quedarme!—sollozó el Soponcios.

—En fin; si nos sucede alguna desgracia a mí o al marqués, o a los dos, cumplirás mi última voluntad dando un millón al Kanak sin que nadie se entere. ¿Quedamos en eso?

—¡Quedamos en eso!—repitió solemnemente el Soponcios... Y se volvió hacia el otro cuerpo tendido en la oscuridad, frente a Bibi; pero el marqués permaneció inmóvil, como si estuviera muerto.

Bibi añadió suspirando:

—Eres listo, eres prudente. Si sigues punto por punto las instrucciones que te doy por escrito, no correrás ningún peligro, y te embolsarás ese dinero tan fácilmente como se embolsa uno su jornal el día de pago. Esta noche desembarcarás. No te presentes a nadie hasta dentro de dos días, cuando ya estemos lejos... Si te piden tus papeles, dices que desembarcaste del *Estrella* cuando el vapor se estaba repostando de carbón, y que no llevas ningún documento encima. Dices que te han emborrachado, que eres francés, y que quieres que te repatrien... En fin, tú te arreglarás...

—Sí, no te ocupes de eso... no soy ningún chiquillo... Todo saldrá a pedir de boca, no temas.

—Ya te conozco, y sé que eres despejado; pero no te duermas, muchacho... Te damos cinco meses justos de

plazo. Cumplidos los cinco meses, te esperaremos por espacio de veinte días en la Australia del Norte, en un pueblecito que conozco perfectamente y que es muy tranquilo: en Palmerston. En caso de necesidad, allí enviarás tus cartas, a las señas que encontrarás entre tus papeles; pero a la lista de Correos, como es natural. A la vuelta, irás por China, y te detendrás en Batavia. De Batavia a Palmerston hay una línea de vapores. ¿Has comprendido?

—He comprendido. ¡Cinco meses! ¡Qué largos se me van a hacer lejos de tí!

—¡Pero ya no volveremos a separarnos!

—¿Habéis acabado?—preguntó el Kanak.

—¡Oh, déjame un momentito!—suplicó el Saponcios, a quien le faltaba poco para echarse a llorar.

Bibi pareció hacer un esfuerzo, y dijo lanzando un profundo suspiro:

—¡Vas a ver a Sisi; qué suerte tienes!... ¡En fin... mírala bien! ¡Bésala por mí con el pensamiento... y vuelve a decirme si sigue tan bella!...

—¡Bueno va!—pensó el Saponcios.—Y lo dice tan fresco delante del marqués...—Y se volvió nuevamente a mirar al marqués; pero éste continuaba inmóvil como un muerto.— ¡Me da miedo ver a ése!—prosiguió para su capote—; de fijo que ha reventado ya. ¿Por qué no se moverá?

Pero el Kanak interrumpió sus reflexiones, obligándole a levantarse.

—¡Adiós, Saponcios!

—¡Adiós, Bibi!... Quisiera abrazarle antes de marcharme; ¿no podrá ser?

—¡No!—dijo el Kanak.

—¡Bueno, bueno; ya me voy!... ¡Adiós, Bibi, adiós; que te alivies!

Y se dejó empujar hacia afuera, prorrumpiendo en sollozos. Aquella misma noche, el *Estrella* detenía su marcha. Una chalupa se destacó de su costado, y a los pocos minutos dejó al Saponcios en una roca desierta de la costa.

—¡Buena suerte!—le gritó el Kanak, que le había acompañado hasta allí.

—¡Buena suerte!... ¡Cuídame mucho a Bibi, Kanak, y te querré toda mi vida!

La chalupa se alejaba ya a fuerza de remos para volver al *Estrella*, cuyas luces se veían a algunos cables de distancia.

—¡Un millón!—murmuró el Saponcios pensando en el Kanak—. ¡Lo que es este matasanos no cuida de balde a los pobres; vaya unas cuentecitas que poner!...

Y desapareció entre la niebla.

CAPÍTULO XIV

BACALAO A LA VIZCAÍNA

CINCO meses después de ocurridos los acontecimientos que acabamos de relatar, el Sopotocios, *que llevaba seis millones en su baúl*, desembarcaba en Palmerston, modesta capital naciente del territorio del Norte, en la Australia septentrional. Un buen puerto, algunas barracas, unas cuantas iglesias de madera, algunas casas de ladrillo... El Sopotocios no se detuvo a admirar las bellezas del paisaje. Había creído ver de lejos, en la rada, un barco que se parecía bastante al *Estrella*; sin embargo, no había reconocido su pabellón. ¡Sabe Dios cuántas veces habría cambiado el barco de nombre y de bandera durante su ausencia!... ¡Ah!, ¿qué noticias aguardaban al pobre Sopotocios?

En cuanto dejó su equipaje en el hotel, corrió a Correos, y al salir de allí, después de depositar en el buzón una carta dirigida a las señas que le habían indicado, tropezó con un hombrecillo que rodó por el suelo.

—¡El Fetiche!

—¡El Sopotocios!

—¡Ah, compañero, me alegro de verte!... ¡Dame noticias de Bibi, pronto!...

—¡Dámelas tú antes de tus asuntos!... ¿Salió bien la operación?

—Sí; ahí traigo todo! Pero ¿y Bibi?...

—¡Puesto que todo ha salido bien, será para nosotros un gran consuelo!—murmuró el Fetiche.

—¡Te pregunto por Bibi!

—¡Bibi ha muerto!

El Sopotocios se desplomó en los brazos de su amigo. Había recibido el golpe en mitad del corazón. El Fetiche le propinó unos cuantos remedios enérgicos, y cuando le vió abrir los ojos le preguntó:

—¿En dónde tienes el equipaje?

—¡En el hotel!

—¿Y los millones?

—¡También en el hotel!

—¡Bueno, compañero, no te pongas así!... ¿No tienes sangre en las venas?

Le llevó casi en brazos al hotel, al único hotel de Palmerston en donde podía alojarse un viajero que lleva seis millones en el baúl. El Fetiche se apresuró a alquilar un carro. No apartaba los ojos del baúl. El equipaje fué embarcado por orden suya en una chalupa, a la que saltó el Sopotocios más muerto que vivo.

—¡Andando!—dijo el Fetiche a los marineros que esperaban sus órdenes.

La chalupa salió del puerto y se dirigió a la rada.

—Has hecho bien en no perder tiempo. ¡Llegas al entierro!—dijo el Fetiche.

El Soponcios alzó los ojos al cielo y lloró en silencio.

—¡Digo que llegas a su entierro, por decir— continuó el Fetiche—, porque vamos a hacernos a la mar para poder echarlo tranquilamente al agua sin que las autoridades intervengan para nada! ¿Comprendes?... Ya ves, como siempre, hacemos pocas migas con las autoridades. Por ese lado no hemos cambiado. ¡Pero contestal! ¿Acabarás de llorar?

—¡Qué desgracia!— suspiró el Soponcios.— ¡Si no hubiese perdido el último vapor en Batavia, tal vez hubiera llegado a tiempo para cerrarle los ojos!

—¡No, tranquilízate...; hasta esta mañana no fondeamos en la rada, y ya había *espichado!*

—Pero ¿de qué murió? ¡Cuéntamelol...

—¡De la misma enfermedad que tuvo el marqués, según parece... ¡Sólo que el marqués está perfectamentel

—Siempre sucede lo mismo—sollozó el Soponcios.— ¡Los buenos se van al otro mundo, y los malos se quedan en éste!...

—Oye; no se alegrarán nada los compañeros al verte volver con el gato... ¡Ya empiezan a aburrirse a bordol...

—¿Le viste antes de morir?

—Sí, un instante; pero ya no hablaba... Demasiado se comprendía que iba mal la cosa... Todos lo sentimos mucho; pero como no podíamos remediarlo, nos fuimos conformando poco a poco... ¡Qué remedio había! El Kanak hizo cuanto pudo por salvarle.

—¡Sí; el Kanak es el que le ha matado con sus potingues!... ¡Ah, qué desgracia!... ¡Bibil... ¡Bibil... ¡No te sobrevivirél...

—¡Harás mal, puesto que somos ricos!

—¡Ah, tú no tienes corazón, Fetiche! Mira; cuando te oigo hablar de esa manera, me dan ganas de cortarte el pasapán...

—¡Habrás visto!... ¡Mucho debes quererle!...

—¡Más que a mi vidal... ¡Si supieras lo bueno que ha sido conmigo!... Y además, te aseguro que era un hombre honrado, buenísimo. ¡Pero los hombres le habrán obligado a ser malo... los hombres y la miseria... y la fatalidad!... ¡Fatalitas!, como él decía... ¡Ayl Ya nunca se lo volveré a oír... ¿En dónde le han puesto?

—En su cama de comandante. ¡Su hermana le está velando!

—¡La excelente Sor María de los Ángeles! ¿Cómo está la pobre criatura?

—¡Bien!... ¡Todos estamos bien!...

—¡Sí; Bibi es el único que ha muerto!... ¡Y pensar que he hecho un viaje tan largo sólo para esto!...

La chalupa atracó al costado del vapor. El tiempo estaba revuelto, el día lluvioso y desapacible... Todo le parecía triste y hasta lúgubre al atribulado Soponcios. ¡Cuán distinto era su regreso al que él se prometía después de tantas penalidades!

En sus sueños, siempre había visto junto al portalón, esperándole, lleno de confianza, al terrible Bibi, que tan bien sabía dulcificar cuando le hablaba la expresión de su rostro.

Y lo que veía era la cara enigmática del Kanak, aquella cara tan antipática, no obstante la belleza y corrección de sus facciones... ¿Qué hacía allí? ¿Por qué entregarles aquella fortuna si Bibi no había de gozarla? ¡Hubiera que-

rido desaparecer bajo las olas con los millones que llevaba en el baúl

Aborrecía a aquellos bandidos. «Habían cometido mil infamias.» Cierto que también él había incurrido en algunas faltas; pero de ello debía culparse a las circunstancias, como dijera poco antes refiriéndose a Bibi; había matado a dos *vigís*, pero por motivos justificados. Y además, se trataba de dos *vigís*, de dos celadores...; esos no son personas. ¡Gozan tanto repartiendo puntapiés, bofetones y culatazos entre los pobres presidiarios!... Por lo menos así lo creía el Soponcios, que estaba haciendo ya su examen de conciencia, porque comprendía que no tardaría mucho tiempo en reunirse con el alma de su «difunto compadre», en dondequiera que ésta se encontrase, en el infierno probablemente.

Oyó como en sueños al Kanak que le daba la bienvenida; repartió apretones de manos a diestro y siniestro, y oyó la voz de la Condesa, del Bombarda y de otros muchos, a quienes ni siquiera contestó.

Y se dejó llevar al camarote de Bibi.

El camarote del comandante había sido convertido en capilla ardiente. Un paño negro, en el centro del cual se destacaba una cruz blanca, cubría el cuerpo del bandido, que apoyaba la cabeza en la almohada, como si estuviese dormido. Tenía una mano colgando. El Soponcios la cogió y cayó de rodillas. ¡Era la mano de un buen amigo! ¡Cuántas veces la había estrechado entre las suyas! Reconocía su dureza, sus callosidades, sus cicatrices, y la regó con sus lágrimas.

Luego levantó la cabeza para *verle* por última vez. ¡Era

él efectivamente, tal como le había conocido en sus momentos de tranquilidad, cuando no le perseguían demasidado, cuando podía *respirar* entre dos fechorías, impuestas siempre por su enemiga la Fatalidad. Pero en aquel instante pensó precisamente el Soponcios que Bibi *ya no respiraba*, y prorrumpió en sollozos. Entonces vió a su lado una mujer que rezaba, y reconoció a Sor María de los Ángeles.

—¡Usted le quería mucho, hermanal!—le dijo—. Le quería usted, a pesar de sus crímenes. ¡Yo también! Nunca me cansaré de decirlo. ¡Era menos malo de lo que todos creen! ¡De todo tiene la culpa la Fatalidad!—y se marchó tambaleándose.

Había comenzado por endilgarle al Fetiche el panegírico de Bibi, repitió la operación con Sor María de los Ángeles, y acabó por espetárselo a toda la tripulación. Iba de puerta en puerta, de batería en batería, de popa a proa, haciendo la apología de Bibi.

Aquel día comprendieron todos que estaba demasiado triste, y no le hablaron de negocios. Por lo demás, el Fetiche había tranquilizado a sus compañeros. Lo único que hacían era custodiar sus baúles.

Al anoecer entró en el camarote del Kanak, y después de cerrar la puerta se desnudó, y sacó de sus bolsillos interiores un millón en billetes de banco.

—¡Cúmplase la voluntad de Bibi!—le dijo—; aquí tienes tu millón, Kanak! ¡Nadie sabrá nunca nada! Los otros cinco millones están en el baúl amarillo. ¡Sácalos! ¡Repártelos! ¡Yo no quiero intervenir en nada; no quiero nada; no quiero saber nada; lo único que quiero es que me dejéis en paz, que no me dirija nadie la palabra!

Y fué a sentarse a popa, al pie del pabellón.

El día siguiente celebráronse en el buque, que había reanudado su viaje de corsario hacia el archipiélago, las exequias de Bibi. ¿Fueron civiles? ¿Fueron religiosas? Sólo puede decirlo Dios, que escuchaba las plegarias de Sor María de los Ángeles.

En todo caso, si no fué bien recibido en el cielo, fué bien llorado en el *Estrella*. El Kanak pronunció un elocuente discurso que los presidiarios escucharon con recogimiento y emoción. El Soponcios no cesó de sollozar. Y en tanto que sus compañeros reanudaban sus tareas, comenzó su peregrinación a la jaula, al calabozo, al camarote de Bibi, a la despensa en que tan valientemente se defendiera, a la marmita en que tan bien se había escondido, exponiéndose a cocerse al mismo tiempo que el rancho, en fin, adondequiera que hubiese estado Bibi.

Al volver a cubierta, tropezó con un hombretón en quien reconoció inmediatamente al marqués del Touchet. ¡Ah, evidentemente, el apuesto aristócrata había cambiado mucho! Pero la cara, aunque menos redonda, menos llena que antes, conservaba la armonía de sus facciones algo borbónicas, que revelaban la pureza de raza. El marqués estaba mucho más delgado; pero aún era el hombre alto y ancho de hombros, que tanto se había distinguido en todos los deportes. Sólo que ahora andaba un poco encorvado.

Por lo demás, no estaba completamente curado, y aún seguía asistiéndole el Kanak, en aquel camarote reservado de la enfermería, que durante tantos meses compartiera con Bibi. A sus amigos se les había recomendado que no

le molestasen, y vivía muy aislado, hablando lo menos posible, muy abatido al parecer por su mala suerte, y esperando con impaciencia el instante de recobrar la libertad.

El Soponcios le vió pasar, apretando los puños de coraje. ¡Ah, aquel era el que debía estar en el fondo del mar!... En el mismo instante, sus miradas se cruzaron con las del marqués, y se estremeció; se tuvo que agarrar al barandal de una escala para no caerse!...

Cuando el marqués hubo desaparecido, murmuró:

—Pero ¿qué es lo que me pasa? ¡No puedo ver al marqués sin que me dé un soponcio!... ¡Ah, razón tienen en llamarme como me llaman! ¡La verdad es que su mirada me hace daño! ¡Tal vez sea porque tiene los ojos verdes como Bibi! ¡Y todo lo que me recuerda a Bibi me trastorna un poco! ¡Ay, pero no son aquellos ojillos redondos del otro que me miraban con una expresión tan burlona cuando empezábamos a bromear! Pero ¿qué es lo que tengo?... ¿qué es lo que tengo?... ¿qué es lo que tengo?...

¡Era una cosa superior a sus fuerzas! ¡Una influencia desconocida, y a la que no podía sustraerse, que le impulsaba a buscar la ocasión de ver nuevamente aquellos ojos!...

Y esperó dos horas hasta que el marqués, que se había encerrado con el Kanak y los oficiales del barco, salió de la cámara. Entonces sufrió una decepción; el marqués llevaba anteojos negros.

Los presidiarios, que estaban algo encendidos y tenían los ojos brillantes, acababan de contar delante del marqués los millones entregados por el Soponcios y de acordar las condiciones en que habían de recobrar su libertad los prisioneros.

He aquí lo que la oficialidad había decidido por la seguridad de todos. El marqués desembarcaría en la costa de Borneo, en un pueblecillo en el que no podría recibir auxilio ninguno hasta transcurridos veinte días. Desde allí se dirigiría a China y regresaría a Francia como mejor le pareciese. Además, el marqués se comprometía a no referir a nadie sus aventuras antes de dos meses, bajo pena de los más espantosos castigos. Este plan se adoptó exclusivamente en favor suyo, en su calidad de dueño de los millones del rescate. Ejecutado el programa punto por punto, el marqués no tendría nada que temer de los bandidos, que, por el contrario, le considerarían como uno de sus bienhechores.

En cuanto a los demás naufragos, los amigos de Touchet, Barrachón, Vilène y los oficiales restantes, la antigua tripulación y los antiguos vigilantes con sus familias, serían desembarcados en un islote desierto del Pacífico, resguardado de los temporales por los arrecifes de coral, con víveres para dos meses. Aquel islote estaba fuera de la ruta seguida por los buques. El Kanak tomaría las medidas necesarias para que las autoridades australianas conociesen la existencia de esta nueva colonia, de suerte que acudiesen en su auxilio en tiempo oportuno, transcurridos dos meses todo lo más.

Como es natural, los bandidos no eran tan tontos que fuesen a exigir el secreto a toda aquella gente, y he aquí por qué juzgaban conveniente tomar todas las precauciones necesarias de tiempo y de espacio.

Todos, por lo demás, se declararon conformes con este programa, ya que no podían discutirlo, y la tripulación,

loca de alegría por su cambio de fortuna, no deseaba más que festejar convenientemente un día tan venturoso. Pero el Kanak les hizo observar que aquella misma mañana se habían celebrado los funerales de Bibi, y que era preciso honrar su memoria aplazando todo regocijo público hasta el día en que pudiesen «divertirse a solas.»

Entonces decidieron dar oficialmente las gracias al Soponcios y ofrecerle «un vino de honor»; pero el pinche no consintió siquiera que «le dirigiesen la palabra».

Acabaron por respetar su dolor.

El *Estrella* hizo rumbo a Borneo. Durante aquel corto viaje, el Soponcios continuó viviendo con la sombra de Bibi. Estaba como trastornado, y en el barco comenzaban a creerle loco. A veces hablaba solo, o por lo menos todo el mundo lo creía así; pero él se figuraba que Bibi estaba a su lado y que le respondía. ¡Navegaba, no con su recuerdo, sino con el propio Bibi! «¡Sigue a bordo, lo presiento, estoy seguro de ello!» Y cuando en su delirio no creía que Bibi se paseaba con él sobre cubierta, le buscaba.

Le buscaba por todas partes, como si el otro le hiciese la jugarreta de esconderse. No comía, y él, ya tan delgado, iba desmejorándose de día en día. Parecía que la brisa más ligera iba a arrebatarle del puente y arrojarle a las aguas o alzarle hasta las nubes. ¡Estaba hecho una pavesal!

Una tarde, el Soponcios, cada vez más lúgubre, se dejó caer en un banco, en cubierta. Sentíase extenuado, a punto de exhalar el último suspiro. De pronto, un objeto blanco caído en el banco llamó su atención. Era un pañuelo que alguien había olvidado allí, un pañuelo bastante fino, que recogió maquinalmente, haciéndole resbalar por entre sus

dedos; pero de improviso, tropezó con un nudo, con un nudo enorme y de una forma singular, que alguien había hecho en aquel pañuelo. El Soponcios se levantó, enloquecido y temblando de pies a cabeza. ¡Aquel era el nudo especial que Bibi hacía en sus pañuelos cuando quería recordar alguna cosa! ¿Qué quería decir aquello?... ¿Quién se atrevía a hacer el nudo de Bibi?... ¿Quién iba a ser sino Bibi en persona?... «¡Te digo que no ha muerto; te digo que no ha muerto!»—le gritaba un ser invisible, pero con una voz tan fuerte, que le aturdió...

Por lo demás, no era aquella la primera vez que encontraba en el barco *huellas vivientes* de Bibi, después de haber arrojado su cadáver al mar. Recorriendo los lugares frecuentados en vida por Bibi, había hallado en el suelo la ceniza aún caliente de una pipa, en los mismos sitios precisamente en que Bibi gustaba de sentarse para fumar y soñar..., en sitios a los que jamás iba nadie, como, por ejemplo, a proa, más allá de la claraboya, casi en la roda, en donde permanecía con las piernas colgando sobre el mar. ¡Ah! Pero ¿qué significaba aquello? ¡Él no estaba soñando!... ¿Y aquel pañuelo?... ¿A quién pertenecía aquel pañuelo, en el que habían hecho el nudo de Bibi?... Le habían olvidado allí; volverían tal vez a recogerle... Y retrocedió; fué a esconderse bajo la chalupa... y esperó... esperó... esperó...

Mientras esperaba, pensaba en un suceso ocurrido la noche anterior, y al cual cometió la torpeza de no concederle importancia. ¡Oh, no era gran cosa! Alguien tosió en el corredor, y el Soponcios sintió como un golpetazo en el pecho. Hubiera jurado que era Bibi.

De un salto se plantó en el corredor, y allí vió al mar-

qués que se alejaba tranquilamente con las manos en los bolsillos.

En poco estuvo que el Soponcios lanzase un grito de desesperación. Creía haber oído la tos de Bibi. Entre mil hubiese reconocido la tos de Bibi, y por cuanto era aquel maldito marqués, que tosía como un bandido.

Así, pues, el Soponcios, escondido junto a la chalupa, esperaba... El timonel picó las diez... y un hombre alto, un poco echado hacia adelante, apareció sobre cubierta... El Soponcios tuvo que agarrarse con las dos manos a la serviola para no rodar por el suelo... A pesar de ello, cayó de rodillas, dando diente con diente... ¡Aquel hombre era Bibi en personal...

Estaba el tiempo un poco revuelto, y, por tanto, las nubes ocultaban la luna... Si el Soponcios se hubiese topado de manos a boca con el espectro del «holandés errante», no hubiera sido mayor su espanto... Era Bibi, que había vuelto del otro mundo y andaba como cuando estaba vivo, con los mismos movimientos; con el mismo zarandeo de caderas, con la misma manera de arrastrar las piernas y subir los hombros... ¡Ah, era imposible equivocarse! ¡Aquello no era un sueño! Después de haber contemplado *con sus propios ojos* a Bibi muerto, y de haber visto cómo le metían en un saco y le arrojaban al agua con una bala en los pies, volvía a verle vivo, paseando tranquilamente por cubierta, como si aún tuviese el mando de su buque.

El Soponcios gritó:

—«¡Mamá!»

El otro, que estaba ya muy cerca, se detuvo enfrente de él, sin la menor emoción, y el Soponcios, caída la venda

que le cubría los ojos, a la luz de la luna que acababa de asomar por entre las nubes, reconoció al marqués.

El aristócrata no manifestó ninguna extrañeza al encontrar al Soponcios de rodillas y castañeteando los dientes de miedo. Tan insignificante personaje no merecía evidentemente su atención. ¡Le volvió la espalda y continuó su silencioso paseo; pero ya no se parecía en nada a Bibil! ¡Ya no tenía su manera de andar y de arrastrar las piernas, ni de echarse hacia adelante! ¡Era el marqués, lo mismo visto de frente que por la espalda!

Bajo el cráneo del Soponcios agolpábanse las ideas en lamentable batiburrillo.

Se arrastró por cubierta como un herido que ha perdido el uso de sus piernas, y se apoyó en la borda. ¡El marqués iba y venía como si él no hubiese estado allí!

—¡Pero vaya un hombre raro!— pensó el Soponcios—; ¡Qué particular está el marqués desde que cayó enfermo! Nunca se le ve con sus amigos... no se trata con nadie... ni habla a nadie... y espera a que sea de noche para venir a pasear por cubierta y a contemplar las estrellas.

En aquel momento, el marqués, fatigado sin duda, se sentó en el banco en que el Soponcios dejara el pañuelo. ¡Y vió el blanco lienzo, lo cogió, lo miró y *se sonó con él!* El Soponcios sintió que sus cabellos (los llevaba largos desde que viajara tanto) se le ponían de punta: ¡HABÍA OIDO SONARSE A BIBI!

Aquello era demasiado, y se desmayó.

El fresco de la madrugada le reanimó. Miró en torno suyo. El marqués ya no estaba allí. Procuró coordinar sus ideas; el marqués había reconocido su pañuelo, puesto que

se había sonado en él; de manera que él era el que había hecho el nudo «a lo Bibi.» El marqués, cuando no llevaba puestos los anteojos, tenía una mirada algo parecida a la de Bibi; el marqués, por la noche, *cuando creía que nadie le miraba, andaba como Bibi!* ¡Hubiérase dicho que quería descansar de la violencia que a sí mismo se hacía durante el día! ¡Pero, en fin, a pesar de todo esto, el marqués era el marqués, no Bibil! ¡Ah, no! si fuese Bibi, qué hubiera hecho de sus orejas, de sus enormes orejas, y de su nariz chata y de otra porción de cosas por las cuales pasaba por feo a los ojos de todo el mundo, excepto a los del Soponcios. ¡Todo estaba en el fondo del mar, metido en un saco, con el propio Bibil!

De repente, el Soponcios se estremeció como si acabase de recibir una descarga eléctrica. Volvía a ver al Kanak y a la Condesa cubiertos de sangre, saliendo del camarote en donde tenían encerrados al marqués y a Bibi con motivo de aquella enfermedad que curaban *con el bisturi...* Recordaba los gritos, los lamentos, y luego esos repentinos y prolongados silencios que reinan en las alcobas de los enfermos a quienes adormecen para hacerles alguna operación... Todavía recordaba todo lo que se había dicho durante el proceso del Kanak y de la Condesa acerca de las *túrdigas de carne humana...* ¡Ah!... ¡Ah!... ¿Estaría ya sobre la pista?... ¿Acaso?... ¿acaso?... *Si no la comían, ¿qué hacían con aquella carne?*... ¡Nunca habían querido decir lo que hacían con ella!... ¡Tal vez fuese porque no siempre les habría salido bien su experimento!... ¡Y la prueba era que a bordo del *Estrella* uno de los dos enfermos había muerto! ¡Ah, pero... ah! ¡*Debía ser peligroso cambiar la piel de las personas... sobre*

todo contra la voluntad de una de ellas!... ¡Ah! Pero ¿sería posible semejante cosa?... ¡Ah! ¡Pues sí, decían que sí! El Saponcios recordaba lo que se había reído una tarde, después de comer, con un artículo de *Le Matin* que le leyera el contramaestre, y en el que se aseguraba que hoy día los cirujanos pueden injertar en un animal vivo todos los órganos y los miembros que quieren y que toman previamente de otro animal, también vivo (1). Pues bien; lo que los cirujanos hacían solamente con los animales, el Kanak lo había hecho con personas. Sólo que para conseguirlo *debía de haber enviado mucha gente al otro mundo!* He aquí por qué, al verse ante el Jurado, prefirió apenar con sus diez años de trabajos forzados y callarse la boca.

Estas truculentas reflexiones hacían brotar gruesas gotas

(1) He aquí el artículo en cuestión:

«Ayer, ante un público compuesto de sabios, médicos, cirujanos y fisiólogos, reunido en la Academia de Medicina, el profesor Pozzi dió una conferencia en extremo interesante sobre los injertos animales llevados a cabo con buen éxito por un cirujano francés establecido en Nueva York, M. Alejo Carrel, que es actualmente uno de los Directores del Instituto Rockefeller.

En su reciente viaje a los Estados Unidos, el doctor Pozzi ha comprobado *de visa* los sorprendentes resultados obtenidos por M. Carrel. Regresa maravillado.

Los primeros experimentos del sabio francés se redujeron a la recomposición de arterias. En Enero de 1907, M. Carrel cortó a un perro de tamaño mediano la mitad de la aorta abdominal en una extensión de dos centímetros, y añadió a la arteria un trozo de peritoneo, precisamente cortado al mismo animal, y conservado en vaselina durante algunos días. El perro continuó gozando de excelente salud. Veintidós días después, el 22 de Noviembre de 1908, se le practicó al mismo animal la laparatomía; se le abrió el vientre, y se comprobó que no había señales de la operación primitiva.

—He visto a ese animal el mes pasado, en perfecto estado de salud—nos dijo M. Pozzi al terminar la sesión.

Pero esto no era todo.

M. Carrel, alentado por este primer triunfo, intentó reemplazar porciones enteras de venas o de arterias por venas frescas cortadas a otros animales.

El 7 de Junio de 1907 trasplantó un segmento de una vena yugular a la caróti-

de sudor de las sienes del Saponcios. ¡Será posible, Señor, que puedan cambiar de ese modo la cara de las personas!... Después de todo, siendo aquello posible, la operación, en este caso, no hubiese sido muy difícil, porque la cabeza del marqués y la de Bibi eran, sobre poco más o menos, de la misma forma y del mismo tamaño. Pero ¿y la nariz?... ¿Cómo dar a la nariz roma de Bibi el corte borbónico de la del marqués? Seguramente habrán cortado la nariz de Bibi para *injertar luego en ella* la del marqués. ¡Qué trabajo, qué trabajo! ¡Ah; no se asusta fácilmente el Kanak! ¡Dicen que hoy día los cirujanos no retroceden ante nada..., se atreven a todo... y hasta *las manos!*... ¡Y yo que le cogí la mano al muerto... y estuve regándola con mis lágrimas!... ¡Era la mano de Bibi... y ya no era su mano!... ¡Ah, si me

da de un perro. El 28 de Octubre del mismo año la circulación era completamente normal. El 1.º de Febrero de 1909, el perro murió en una pelea con sus compañeros. Entonces pudo comprobarse que la vena se había «arterializado», y que la señal de sutura era casi invisible.

—Esta serie de experimentos es muy interesante—dijo M. Pozzi—. Es susceptible de aplicaciones quirúrgicas en el hombre, y se concibe la posibilidad de curar las aneurismas por la extirpación del tumor y su sustitución en la carótida por un segmento de la vena femoral, cortado previamente al mismo sujeto.

M. Carrel llevó a cabo, con el mismo buen éxito, los injertos de órganos de animal a animal.

—He visto dos perros a los que el cirujano tuvo algún tiempo sin bazo, volviéndose a colocar después en su sitio. Gozaban de buena salud; pero no se puede decir nada definitivo acerca del resultado hasta que los maten.

El 6 de Febrero de 1908 extirparon el riñón izquierdo a una perra, y al cabo de unos minutos, después de lavarle y sumergirle en una solución de Locke, volvieron a colocarle en la cavidad abdominal.

Pues bien; el 5 de Mayo último, la perra estuvo retozando delante de mí, y pocos días antes acababa de dar a luz normalmente once perritos.

Realizáronse otros experimentos cada vez más atrevidos. En 1908, M. Carrel consiguió, por primera vez, injertar la pata de un *fox-terrier* recién muerto en el cuerpo de otro perro al que acababa de amputar el miembro correspondiente. Los músculos, los nervios y las venas, se ligaron inmediatamente, y en la pierna muer-

lo hubiesen dicho... no me hubiera apurado tanto!... ¡Ese demonio de Bibi! ¡No hay otro como él para jugarnos estas malas pasadas!... ¿Qué dirá a todo esto Bertillón?... Lo que es ahora, que puede uno cambiar de manos como de guantes, que busque las *improntas de la epidermis!*... ¿Y las pinturas de la piel?... ¿Se habrá arrancado Bibi la piel de arriba abajo? ¡Ah, qué lástima que vistieran al difunto; me hubiese gustado ver por última vez, antes de que desapareciesen para siempre, todas las «flores de presidio» (tatuajes) que Bibi se había hecho pintar en el pecho!... ¡Pobre Bertillón,

ta se restableció la circulación. El perro murió a los veinte días, de una bronconeumonía.

Durante mi visita vi otro perro negro al que habían injertado días antes una pata delantera blanca. El estado del animal era excelente.

Era preciso resolver una cuestión importante. Para estas operaciones quirúrgicas del porvenir, era preciso disponer de venas o miembros de recambio, para utilizarlos en el momento oportuno.

M. Carrel ha hallado el medio de conservar la vitalidad de los tejidos que deben ser trasplantados, sumergiéndolos en una solución química especial, y colocándolos en una cámara frigorífica cuya temperatura se mantiene constantemente entre 0° y 1°.

M. Carrel no vacila en afirmar que en un porvenir próximo, los injertos de miembros podrán practicarse directamente en los hombres, con miembros procedentes de una amputación o del cadáver de un individuo muerto violentamente.

—Sin embargo—añade M. Pozzi—, el Dr. Carrel declara que es preciso conducirse con extraordinaria prudencia y no precipitarse a dar por hecho que puedan practicarse en el hombre las operaciones que se practican en los animales. Por esta razón, se ha negado hasta ahora a acceder a las súplicas de dos clientes, que con una audacia completamente americana fueron a rogarle, el uno, que reemplazase su brazo amputado, y el otro, que sustituyese por un riñón sano su riñón enfermo, tomando el miembro o la viscera del cadáver de un ajusticiado.

—En el estado actual de estas investigaciones—nos dijo Mr. Pozzi sonriendo—, yo no me dejaría reemplazar un riñón enfermo por un riñón sano; pero creo que en el caso de que me amenazara un aneurisma, me dejaría sustituir, sin vacilar, una arteria por un trozo de vena.

Como quiera que sea—concluyó M. Pozzi—, los admirables experimentos de M. Carrel permiten a la ciencia abrigar la esperanza de curar, y abren un nuevo camino a la cirugía.»

vaya un chascol... ¡Que si la longitud de las orejas..., que si el tamaño de la nariz..., que patatán, que patatán!... ¡Se acabó la antropometría!... ¡Ah; vaya, vayal.. ¡No puede ser!... ¡Sería una cosa demasiado buena..., demasiado buenal... ¡Imposible!... ¡Estoy chiflado!...

Y rompió a reir como un loco, sin saber si debía acoger o rechazar «todas aquellas cosas que se le habían metido en la chola». La muerte de Bibi le había trastornado el seso. ¡No cabía dudal... Se arrastró hasta su camarote y se dejó caer en su litera, en donde continuó soñando despierto, hasta que, a eso de las seis de la mañana, se quedó dormido como un tronco.

Estuvo durmiendo todo el día. Sus compañeros fueron a verle. Se mostraron inquietos; pero él, al despertarse, les declaró que jamás se había encontrado tan bien y que tenía un hambre devoradora. Preguntáronle qué deseaba comer. Reflexionó un instante, y contestó:

—Lo que no os importa; yo mismo me guisaré mi comida.

Se vistió y se marchó a su antigua cocina, en la que sirviera de pinche. Y una vez allí, se puso a trabajar formalmente. Hizo una cazuela de bacalao «a la vizcaína», plato cuya receta poseía y por el que, en vida, deliraba Bibi.

—¡El pobre chico—murmuraban los que estaban a su alrededor—cree, sin duda, que va a obsequiar con ese guiso a Bibi! ¡Cuánto le quería!...

La verdad era que el Soponcios nunca había demostrado tanta aplicación y tan buenas disposiciones en el curso de su carrera culinaria. Y guisaba su *bacalao a la vizcaína* en tan gran cantidad, que cualquiera hubiese creído que Bibi,

G A S T Ó N L E R O U X

que tragaba él solo lo que seis hombres juntos, iba a asistir verdaderamente a la comilona:

600 gramos de bacalao desalado.

600 gramos de patatas.

600 gramos de tomates.

100 gramos de pimentón (a falta de pimiento colorado, del que hubiese puesto 400 gramos).

40 gramos de cebollas.

10 gramos de ajos.

10 gramos de harina.

2 decigramos de pimienta recién molida.

Sal.

1 ramito de finas hierbas (laurel, a falta de tomillo y de perejil).

Miga de pan molida y tamizada.

Sus compañeros le habían dejado solo, porque no ignoraban que no convenía importunar al Soponcios cuando guisaba el *bacalao a la vizcaína*.

Cortó el bacalao en pedazos, lo puso a hervir en agua, lo sacó en cuanto estuvo cocido, le quitó las espinas y reservó 200 gramos del caldo. Suspiró al pensar que si hubiese tenido pimientos frescos, los hubiera pelado, cortado en tiras y espolvoreado con un decigramo de pimienta; pero como no los tenía, hubo de pasarse sin ellos. Frió en aceite las cebollas peladas y muy picadas, añadió los tomates cortados en pedazos, el ajo, el ramillete de hierbas finas y el resto de la pimienta; cubrió todo esto con parte del caldo en que había cocido el bacalao, y lo dejó hervir durante diez minutos; añadió en seguida la harina para ligar la salsa, la

B I B I

dejó cocer unos minutos más, sacó el ramito de hierbas finas, probó la salsa, hizo castañetear la lengua con satisfacción, echó un poco de sal (porque el bacalao se había desalado con exceso), y, por último, coló la salsa y la dejó aparte.

Entretanto, había cocido las patatas al vapor. Una vez cocidas, las peló y las cortó en ruedas; y hecho esto, cogió una cacerola, extendió en el fondo una capa de patatas, encima puso otra de bacalao, extendió sobre ésta (a falta del pimiento) la cuarta parte del pimentón, lo regó todo con un poco de salsa y repitió cuatro veces la misma operación; lo espolvoreó todo con el pan rallado y metió la cacerola en el horno, en donde la dejó como una media hora, hasta que el manjar adquirió una consistencia untuosa de esas cuya sola vista deja en éxtasis a los aficionados a la buena mesa (1). Cuando abrió el horno, un olor delicioso, un aroma de las mil y una noches se extendió por toda la cocina. El Soponcios cerró los ojos.

—¡Oh, Bibi—suspiró—, si vivieses!...

Abrió de nuevo los ojos, colocó la fuente sobre una servilleta, cogió dos cucharas, y por los corredores, desiertos a tales horas, se dirigió rápidamente a aquel lugar de la cubierta por donde el marqués acostumbraba a pasear cuando, excepto los que estaban de guardia, todos dormían a bordo. Y depositó el bacalao, humeante y oloroso, no en el banco en donde se sentaba de ordinario, sino sobre una enorme polea situada a unos veinte pasos de distancia. Hecho esto, se escondió como la víspera.

(1) ¡Prueben ustedes este plato, y verán lo que es bueno!

No tardó en llegar el marqués. Y aquella noche «no había duda de que era el marqués», por lo que el infeliz Soponcios sintió que se le oprimía el corazón...

El marqués se sentó en su sitio de costumbre; pero de repente levantó la cabeza...; parecía aspirar con cierta gozosa inquietud inesperados efluvios... Y se levantó, palpitantes las aletas de la nariz... Se orienta, se acerca, tras de alguna vacilación, a aquel lugar del que ascendía, en la hermosa noche estrellada, tan deliciosa fragancia... (pobre corazón del Soponcios)... Llega a dos pasos de la bien oliente polea..., se inclina sobre la fuente..., sobre el bacalao a la vizcaína... Dirige rápido una ojeada a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie le ve...

Y se precipita con glotonería sobre la fuente, exclamando:

—¡Fatalitas!

—¡Fatalitas!— repite con deliciosa alegría el Soponcios—. ¡Ah, Bibi, Bibi!

¡Se arrojan el uno en brazos del otro, se besan, se estrujan!...

—¡Chist, basta de tonterías!... ¡Y que además se va a enfriar el bacalao!

Y comen ambos el bacalao en el mismo plato.

—¿De modo que ahora eres el marqués? (I).

(1) En nuestros días es cada vez más fácil de lograr una transformación como la de Bibi. ¿Será necesario recordar el siguiente artículo del *Daily Telegraph*?

«Los cirujanos de los Estados Unidos pueden pedir y recibir, en pocas horas, una parte cualquiera, por decirlo así, del cuerpo humano, llegando a sus manos dicha parte, viva y en perfecto estado de desarrollo.

Con la misma facilidad con que un ama de casa de Nueva York adquiere los artículos de primera necesidad, los cirujanos americanos se proveen de distintas

—¡Calla; que nunca sospeche el Kanak que tú lo sabes!

—¿Y a él que le importa? ¡Yo ya no me separo de tí! ¡Es cosa resuelta!

—¡Sí, sí! ¡Es cosa resuelta! ¡Ah, qué bacalao tan rico, Soponcios de mi alma! ¡De cuando en cuando vendrás a guisármelo a mi casa, ¿eh?, a mi marquesado!

partes del cuerpo humano, de nervios, de arterias, de las glándulas más pequeñas, de huesos, de cartílagos, etc...

Esta declaración sensacional ha sido hecha por el Dr. Carrel, de Nueva York, el cual está al frente de la sección de investigación del Instituto Rockefeller, en una reunión celebrada en Atlantic-City, y a la que asistieron todos los miembros del Colegio médico americano.

El Dr. Carrel impresionó profundamente a la asamblea, declarando que en la actualidad es ya posible asegurar la persistencia de la vida en cada una de las partes del cuerpo humano después de su amputación.

Añadió que podía garantizar su vida y su desarrollo, hasta pasados nueve meses de la desaparición de la vida en el cuerpo humano del cual hubiesen sido separadas.

El Dr. Carrel hizo sus primeros experimentos en animales inferiores.

Un pedazo del corazón de un pollo, siguió latiendo ciento cuatro días después de su extracción, y el examen microscópico demostró que los tejidos que le integraban se desarrollaron durante más de cinco meses.

El Dr. Carrel declara también que los órganos en los cuales ha llevado a cabo sus experimentos, habían sido extraídos a animales muertos.

—¡Es posible—dice—inyectar los tejidos y los órganos que integran un cuerpo del que ha desaparecido la vida, en otros organismos idénticos!

En el curso de esta operación de transferencia, no sobreviene la muerte de los tejidos, y una vez convertidos éstos en partes integrantes de otros cuerpos, la vida continúa en ellos.

—Los informes de las clínicas—añadió el Dr. Carrel—demuestran de modo indudable que esta operación de trasplante da siempre buenos resultados; de manera que, ahora que se han llevado a cabo experimentos de una manera completa, puede un sabio comunicar al Cuerpo médico que el Instituto se considera capaz de servir sus pedidos con la mayor prontitud posible.

—El Instituto—prosiguió—atiende todos los encargos urgentes. Últimamente pidieron de Chicago el cartilago necesario para una operación en la rodilla. El cartilago se envió inmediatamente en una cámara frigorífica, llegó en buen estado y pudo ser empleado. El enfermo recobró el uso de su pierna, y en la actualidad anda como si nunca hubiese estado enfermo.»

G A S T Ó N L E R O U X

—¡Y es verdad que ahora todo eso es tuyo! *Eres el marido de Sisi.*

Bibi dejó caer su cuchara. Ya no quería más bacalao a la vizcaína.

—¡Ah, no me hables de eso!— dijo—. Sólo el pensarlo me vuelve loco.

FIN DEL TOMO PRIMERO

B I B I

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas</u>
Capítulo I.—El número 3.216.....	9
» II.—En la sentina.....	42
» III.—Sor María de los Angeles.....	60
» IV.—Pánico á bordo.....	77
» V.—El asalto a la despensa.....	92
» VI.—Bibi.....	103
» VII.—La rebelión de los presidiarios.....	133
» VIII.—El hermano y la hermana.....	156
» IX.—Fatalitas.....	187
» X.—El paseo por el jardín de plantas....	208
» XI.—Una fiesta de familia.....	234
» XII.—En el fondo del abismo.....	245
» XIII.—¿.....?.....	261
» XIV.—Bacalao a la vizcaína.....	284.